

REVISTA AMERICANA

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO

TOMO I

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 2 DE 1877

NUMERO 13

NUESTRAS TENDENCIAS

Nuestros humildes afanes, nuestras aspiraciones en la actualidad política de esta República, tienden hácia un solo punto: volver á la vida de las instituciones.

Ese fin perseguimos armados de una conviccion y de una fé: la conviccion íntima de que, no solo se cumple un deber trabajando por la legal recomposicion de los poderes públicos, sino que tambien en el cumplimiento de ese deber están las únicas bases de nuestra futura prosperidad; y la fé ciega en que la vuelta de las instituciones será en breve una hermosa realidad.

Pero, al proceder así, hemos hecho abstraccion de toda personalidad, en cuanto es posible esa abstraccion. La dictadura es un mal demasiado atentatorio á nuestra dignidad, para que un nombre, cualquiera que él sea, ya vaya envuelto en una atmósfera brillante ó nebulosa, nos detenga, haciéndonos vacilar en nuestra marcha.

Es triste, muy triste, no poder designar la persona que más garantías ofrezca para cumplir y hacer cumplir las prescripciones constitucionales; pero la anarquía de opiniones, la falta de cohesion en los elementos que han de operar el cambio de situacion, la postracion de algunos espíritus, la degradacion de otros, córte obligada de todo gobierno personal é impuesto por la fuerza, andrajos repugnantes que al menor movimiento deja ver el espléndido ropaje del régimen dictatorial, todo conspira para dificultar la vida de los libres, y nos obliga á prescindir de los nombres, sacrificando nuestras simpatías personales en aras del imperio de la ley.

Por eso en esta *Revista* álguien ha constatado el hecho de que la candidatura del Coronel Latorre se imponía fatalmente en medio de las ruinas del pasado, y en presencia de ese hecho la *Revista* ha acon-

sejado, en nombre del patriotismo, el acatamiento de los sucesos que se produzcan, en cuanto ellos conspiren de consuno al régimen constitucional, hácia donde convergen sus tendencias.

Y la *Revista Americana* ha sido calumniada, diciéndose que levanta la candidatura del Coronel Latorre, calumnia grosera que rechazamos indignados.

Pero el golpe ha sido rudo para nuestra alma ; la amargura que en ella han infiltrado jamas desaparecerá ; porque las heridas son tanto más dolorosas cuanto más queridas nos son las manos que las infieren.

Mas ¿qué importan los dolores personales cuando la felicidad de la patria puede surgir de ellos, como surge el sol de las tinieblas de la noche ?

Enloden nuestra personalidad ; pero sálvese la idea.

Volvamos al régimen constitucional y piérdase en el olvido nuestro nombre, como la arista arrastrada por el huracan se pierde en el polvo del camino.

Volvamos al régimen constitucional, aunque al revolver las cenizas donde yacía el espíritu público, brote la llama que devore nuestra personalidad.

Volvamos al régimen constitucional, aunque los que pugnemos por su imperio, seamos el blanco de envenenadas saetas, ya partan éstas de los oprimidos ó de los opresores.

Esas son nuestras tendencias, el foco de nuestras aspiraciones, sin que el más ténue sentimiento personal empañe su pureza.

El desarrollo de los sucesos traerá necesariamente el triunfo de nuestra causa y la prueba de la sinceridad y desinterés de nuestras palabras.

El pueblo ha respondido al llamamiento que se le hizo con la apertura del Registro Cívico, como debia responder : inscribiéndose.

El dia de las elecciones ha de responder como debe responder : votando.

Y cuando los poderes legales estén constituidos, algo nos sonreirá en el santuario de nuestra conciencia y una dulce satisfaccion nos servirá de sobrada recompensa.

A. D. y A.

LO VIVO Y LO PINTADO

APUNTES NOVELESCOS

(CONCLUSION)

PRIMERA PARTE

Sueños

VII

Nuestros viajeros habían llegado hasta Renedo contemplando el país á través del cristal de la ventanilla.

— ¡País delicioso! — había exclamado frecuentemente el jóven pintor.

— Mucho ama usted á la naturaleza — dijo por fin Amelia.

— Es una madre bella y cariñosa que me ha dado cuanto soy y cuanto valgo.

— Es usted un hijo agradecido.

— No siempre, señora: en mis obras he hecho á su belleza algunos agravios que nunca podré perdonarme.

Amelia iba á preguntarle si era poeta, recordando que tambien su hermosura había recibido algunos *agravios*, concertando con *labios*, en versos que, si no revelaban el amoroso sentimiento, mostraban bien á las claras la falta de sentido comun de sus autores, inspirados á la luz de las bujías de los *buffets* aristocráticos.

Pero en aquel momento el tren se detuvo. El jóven se apresuró á abrir su cartera, sacó el álbum y en una hoja se puso á trazar precipitadamente los principales rasgos de un paisaje.

La locomotora silbó con impaciencia. Parecía querer manifestar al pintor que su reglamento particular no le permitía conceder un minuto más ni á las mismas lucubraciones del genio.

El tren marchaba.

El pintor cerró resignado el álbum, mirando hácia el cristal con el candoroso desconsuelo de un niño que ve apagar las linternas de un panorama cuando se halla más divertido ante los cuadros maravillosos.

Amelia se sonrió deliciosamente observando al pintor.

En el carácter del jóven, como en el de todo artista de corazón,

habia mucho de infantil, y Amelia, como todas las mujeres, amaba á los niños con delirio.

El niño pintor tenía, pues, para Amelia en su fisonomía moral un rasgo encantador que no debía pertenecer sino al justo medio que buscaba entre las escuelas romántica-simple y grosera positivista á que pertenecían sus idolatras de antaño.

El pintor empezaba á interesar á la jóven viuda.

— ¿Será el amor un juguete para el corazon infantil del artista?

Fuera del terreno del arte, ¿se hará el niño demasiado hombre?

VIII

Ante la primera de las dos anteriores preguntas que se hizo á sí misma, la viuda se desconsoló.

Ante la segunda empezó á alarmarse.

La imaginacion de la mujer desconsuela y alarma á su corazon con mucha frecuencia.

La imaginacion incansable de la mujer hace á su corazon en un minuto mil preguntas á que su razon no se toma el trabajo de contestar.

Amelia, á pesar de todo, creyó necesaria la contestacion á sus dos interesantes preguntas, y, no pudiendo exigirla á su razon, iba á buscarla en otra parte.

— Observo, compañera mia, que ha quedado usted muy preocupada, — dijo en aquel momento el pintor.

— Precisamente pensaba en las preocupaciones de los artistas.

— ¿Alude usted, sin duda, á mi constante adoracion hácia mi madre y maestra? Confieso que sufro cada vez que me ofrece pródigamente sus bellos recuerdos y no puedo aceptarlos. Este prodigioso invento de la época que nos trae y nos lleva sin un momento de reposo, no da lugar al alma para fijar sus afectos.

— ¿Sus afectos. . . filiales, querrá usted decir?

— Hablo en general, señora: el amor. . . la amistad. . . En estos viajes nacen mil veces simpatías que, cuando empiezan á crecer, se desvanecen como las huellas de humo que va dejando detras de sí la máquina.

— No estoy enteramente conforme con usted, señor artista.

— En este instante me parece que yo mismo reniego de mi opinion en el asunto.

—¿Y cómo puede ser eso?— exclamó Amelia con un candor hipócrita adorable.

—Encontrando en la fisonomía de usted, en la expresión de su mirada, en su voz, en sus maneras, algo que no pertenece al vulgo de las mujeres y que constituye mi bello ideal, mi tipo originalísimo.

—¡Ay, Dios mío! que se me sube á las regiones de la escuela tonta,— dijo para sí Amelia.

—Luego,— prosiguió el pintor,— veo en su manera de viajar la independencia de usted, su animosa despreocupación, que le alejará, sin duda, de esas ideas exageradas de la virtud. . . .

—¡Caballero!— exclamó con dignidad la viuda, temiendo que su niño se pasase con armas y bagajes á las filas de la otra escuela.

—Me explicaré, señora, me explicaré, para que no me tenga usted por grosero, aunque temo llegue á calificarme de loco. Soy pintor. Necesito viajar. Estoy cansado de viajar con los amigos, porque no hallo amigo que no me sobre ante los cuadros de la naturaleza; y, para trasladar á los míos la luz, el agua, las flores, el cielo y toda la magnificencia de mi hermosa madre y modelo, quisiera tener á mi lado un alma hermana que sintiese y alentase mi inspiración. Creo que el alma privilegiada que busco está en una mujer; pero esa mujer ha de ser, como ya he dicho, *originalísima*; ha de seguirme con confianza, despreocupada y sin pensar, sin acordarse de más lazos que los santos de la amistad y los de pura inspiración del arte.

IX

Amelia no encontró palabra con qué contestar al breve cuanto extraordinario discurso de su compañero.

Aquel caso no estaba incluido en su diccionario histórico de manifestaciones masculinas del amor.

El original hijo de Apéles sacó su reloj y fijó la vista en la esfera, como si quisiera marcar el tiempo que debía durar el silencio de la viuda.

Volvió á guardarle á los dos minutos y miró á Amelia sonriendo de un modo indefinible.

Luego tomó el álbum y se puso á repasar las hojas, como si nada significasen las palabras que había pronunciado.

Amelia siguió sobrecogida de asombro los movimientos del pintor.

Al verle ojear tranquilamente el álbum creyó que aquel loco tenía todavía bastante razon para renunciar á una respuesta á sus indirectas y peregrinas proposiciones.

Luego se reconcentró en sí misma y se puso á pensar, haciéndose preguntas como siempre, pero sin dejar de mirar al jóven, que parecía querer distraerse buscando con la memoria el colorido natural de aquellos hermosos recuerdos bosquejados magistralmente con el lápiz.

—¿Es un niño que se divierte, ó un loco que se burla de sus propias locuras?

Amelia quiso darse cuenta de que podía ser ambas cosas, puesto que los niños no suelen ser más que locos pequeños, y los locos, por lo general, son niños grandes.

Pero los unos no han llegado todavía á poseer la razon, y los otros ya la han perdido.

Los niños gritan de impaciencia, y los locos de desesperacion.

Los niños se acercan á la luz y la luz huye de los locos.

Los niños son alegres pobres de nacimiento que loquean causando risa.

Los locos son infelices pobres despojados que niñean arrancando lágrimas.

La viuda debió comprender todo esto.

Miró profundamente á su compañero y á un tiempo asomaron la risa á sus labios y las lágrimas á sus ojos.

Aquellas lágrimas de compasion encerraban un misterio hasta para la misma Amelia.

Sus adoradores nunca habían alcanzado más que risas burlonas.

Aquel era su primer llanto de amor.

X

Amelia llevó su pañuelo á los ojos, despues de haber contemplado al niño-loco por el cristal de sus lágrimas.

Luego, como si su orgullo quisiera borrar las huellas de su ternura, la jóven viuda apoyó con negligencia la cabeza en el respaldo del carruaje, cerró los ojos y se fingió dormida.

Cuando despues de largo rato el pintor levantó la vista del álbum para mirar á Amelia, Amelia dormía realmente.

Las niñerías y locuras del pintor le inspiraban sin duda confianza.

El jóven contempló su hermosura con el mismo respetuoso cariño con que admiraba los cuadros de su magnífico modelo.

¡Quién sabe si las imágenes del sueño de Amelia estarían relacionadas con la dulce contemplacion del artista!

XI

— ¡Bárcena! — gritó con voz destemplada un empleado de los más subalternos de la administracion del ferro-carril de Isabel II.

— ¡Amelia! ¡Amelia! — Gritaron casi al mismo tiempo con voz alegre dos señoritas, asomando á la puertecilla, ya abierta, del carruaje donde habían viajado solos el pintor y la viuda.

Esta despertó y corrió á los brazos cariñosos de aquellas amigas que la esperaban con tal ansia y tal fuerza de egoismo, que se la llevaron sin darle tiempo más que para dirigir una triste mirada y contestar con ún saludo de despedida al entónces conmovido pintor.

Corría, como he dicho, el año de gracia de 1863.

El pintor, que se dirigía á Madrid, contemplaba ya en el andén la rápida marcha de la viuda, llevada en volandas por sus amigas hácia una linda casa de campo que se alzaba en medio del frondoso valle.

El monstruo de corazon de fuego que le había arrastrado con Amelia por una suave pendiente de ilusiones artístico-amorosas, lanzaba en la estacion de Bársena un terrible silbido de desesperacion, porque no acababan de vencerse los rudos obstáculos que la naturaleza oponía á su paso á través de los montes.

La seccion del ferro-carril de Bárcena á Reinosa era todavía un proyecto en accion, lleno de dificultades por los largos y costosísimos túneles.

¿Serían aquel dulce sueño de la viuda y aquella larga y casta contemplacion del artista los laboriosos trabajos que pudieran conseguir — con permiso de los ingenieros de caminos — un túnel moral por donde al fin acaben de comprenderse y comunicarse aquellos dos corazones?

Si una casualidad los ha hecho viajar juntos, ¿qué otra casualidad, y cuándo, y cómo y dónde podrá volver á reunirlos?

Esos sueños que forman época en la historia íntima de dos corazones, ¿terminarán en realidades risueñas, ó quedarán reducidos, por gracia de la prosa de la vida y debilidades de la naturaleza humana, á

aquellos fantásticos sueños que tan maravillosamente nos pinta el genio más portentoso de la dramática española?

¡Ay! Los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en la dulce tarea de forjarnos ilusiones, y la otra mitad en el cruel y doloroso empeño de desvanecerlas.

SEGUNDA PARTE

Realidades

I

— Federico está, como ahora decimos, *chiflado*, amigos míos. Desde que hizo su viaje á Alemania....

— Vamos, le habrá trastornado el juicio alguna de aquellas vírgenes rubias y pálidas del Norte.

— Alguna Margarita de este Fausto con pinceles.

— Alguna Laura trasplantada en flor desde el mediodía para este Petrarca con paleta.

— O tal vez alguna paleta de las orillas del Rhin trocada en Dulcinea por la fantasía del pintor del Manzanáres.

— Todo eso son *ingeniosidades*, como diría un maestro del habla castellana en pleno Parlamento. Nos divertimos con un ausente, que es el pintor, delante de un retrato de mujer, que no tiene pelo de alemana.

— Ni pelo de tonta tampoco.

— Ni esos ojos son del Norte.

— Tienen todo el fuego del sol de Mediodía.

— La verdad es que esos ojos han hecho un milagro, puesto que Federico, que no pintaba más que paisajes, se ha convertido en retratista.

— Y el retrato está hablando.

— ¿Qué sabes tú? ¿Sabes *quién es ella*?

— Hombre, no. Pero hay retratos que tienen tales rasgos de verdad, que vamos, yo creo que he visto á esa mujer en alguna parte.

Este diálogo era sostenido por varios amigos del pintor en el estudio de éste, ante un pequeño lienzo, que cubría una ligera gasa de color de rosa ántes de la invasion de aquellos jóvenes de buen humor,

que habían profanado el templo del arte en ausencia del gran sacerdote

La ausencia se prolongaba, y los amigos del artista dejaron el estudio, después de volver á cubrir el lienzo con aquella gasa, cuyo color casaba tanto con el de los sueños nacidos en un ligero viaje al vapor.

II

¿Tendré yo que hacer una injusticia á la penetracion de mis lectores, diciéndoles quién era el pintor de quien de tan fácil manera se habían burlado aquellos amigos inconsiderados?

¿Ni quién el original de aquel retrato?

¿Ni qué viaje era ese á que me refería?

Lo único que yo he de decir á mis lectores ántes de dar un paso más en esta segunda parte de mis ligerísimos apuntes novelescos, es que ha transcurrido bastante tiempo para que los ingenieros de caminos han conseguido el triunfo de ver á la locomotora atravesando los montes que se oponían á su paso desde Bársena á Reinosa.

Los túneles han costado mucho dinero y algunas vidas Pero ¿qué ménos han de costar los prodigiosos adelantos de la civilizacion y las nuevas conquistas del progreso?

El hombre sucumbe. Sí; pero la humanidad avanza y se perfecciona.

¿Ha avanzado, se ha perfeccionado algo con el trascurso del tiempo la inteligencia secreta é íntima de aquellos dos espíritus separados tan bruscamente entre los silbidos atronadores de una máquina de vapor, á la vista del fantasma espantable de unas montañas resistentes y ya vencidas?

El retrato de Amelia, hecho *de memoria* por el antiguo compañero de viaje, ofrece desde luego un resultado práctico de los trabajos llevados á cabo de una parte para la consecucion de aquel túnel moral, pero vivamente comunicativo, que habíamos deseado.

Amelia se había también pintado mil y mil veces al que ya llamo Federico, durante la larga ausencia forzosa é inevitable; y si no tenía el retrato sobre un caballete en su tocador, que es el estudio de artistas que no falta nunca á las damas elegantes, en cambio le tenía siempre en su imaginacion y en su alma, tanto más apasionada, cuanto

más Amelia se acercaba á la época de decadencia de su hermosura sin hallar aquel *justo medio* de su sueños de amores.

Porque las mujeres son así.

Sienten más cuando están más cerca de brillar ménos.

Reconcentran, alimentan y avivan el fuego de su corazon á medida que el tiempo implacable apaga el fuego de sus ojos.

Suelen brotar las primeras flores en su alma cuando los primeros copos de nieve blanquean entre los rizos de sus cabellos.

Y ¡qué tristeza debe apoderarse de la mujer que ve, oye y siente dentro de sí misma todas las sonrisas, todas las músicas, todos los perfumes primaverales, y se convence de que las primeras nieblas del invierno impiden que el sér soñado se asome al cristal de sus ojos y vea todos aquellos encantos interiores que á un tiempo son su alegría y su desesperacion !

III

— ¡Al fin voy á verla! — se decía Federico poco despues de marchar sus amigos del estudio, entrando él y llegando con mano temblorosa á levantar aquel velo rosado que cubrian la imágen de sus sueños, ya por mitad artísticos y amorosos.

¡Qué hubiera dicho, qué hubiera hecho á saber que aquella imágen había sido profanada por las burlas de media docena de incapaces de comprender las solicitudes de su alma y el pertinaz empeño de su imaginacion de artista!

— ¡Al fin, voy á verla! ¡Tal vez voy á oirla! Tanto tiempo deseando y buscando la ocasion, y al fin es la casualidad la que va á ponérmela cerca. Y, sin embargo, no sé si debo alegrarme. ¡He abandonado tanto tiempo á la naturaleza, para acariciar esta imágen!

Merece ser explicado ese monólogo del artista.

Federico había buscado con empeño á su compañera de aquel brevísimo viaje. Había trabajado poco y había soñado mucho, y el único fruto de sus sueños para el arte había sido el retrato de una mujer.

El retratista había arrebatado los pinceles al que estaba ya glorificado por los esplendores de la luz, la transparencia del agua, la diafanidad del cielo, la pureza del ambiente y la poesía de los horizontes.

Federico empezaba á sentir prematuros remordimientos.

Había abandonado á la naturaleza por una mujer.

Había renunciado á los goces tranquilos, positivos, perennes, inagotables del culto de un amor de toda su vida de artista, por las inquietudes y celos que le ofrecía el culto de un ideal que había surgido al vapor en su fantasía, y al que la realidad, la prosa de la vida pudiera dar formas monstruosas y desesperantes.

Sus delirios de amante le habían hecho hijo ingrato.

La madre, la naturaleza, como todas las madres llena de abnegación y calma en el olvido, allí estaba representada en algun hermoso país arrinconado, sonriente en medio del abandono, serena y sin celos ante el triunfo de aquella imagen de mujer que dominaba como reina absoluta en el estudio del artista.

Sí; la madre sonríe al hijo mimado entre flores, pájaros, bullentes cascadas, cielo sin nubes y horizontes serenos.

Y aquella sonrisa, aquel amor inmutable, sin celos, sublime en el olvido y el infortunio, era para el artista ingrato lo que la dulce sonrisa de una madre para el hijo desvelado, inquieto y febril tras los efímeros goces de una larga orgía.

IV

Pero al fin Federico iba á verla y á oirla. Iba á ver y á oír otra vez, la segunda de su vida, al original de aquel retrato hecho de memoria, pero con tal exactitud y riqueza de detalles, que Amelia hubiera enloquecido al verle y hubiera sonreído más triunfante que al dar la última mano á su tocado ante la luna de su espejo, para ir á brillar como un sol entre sus satélites en los salones de un baile de la aristocracia.

Y era en un gran baile donde iba á verla.

Federico oyó el nombre de Amelia entre los que le citó un amigo al ocuparse de las mujeres hermosas que habían de ser el encanto y la delicia de la fiesta aristocrática.

Después oyó la descripción de las bellezas físicas de aquella Amelia, se convenció de que no podía ser otra que la que había dormido y despertado casi en sus brazos en aquel ligerísimo viaje, y no necesitó más para pedir á su amigo que le presentase en aquella casa, cuyos salones quería reducir ya con su imaginación á los estrechos

límites de un wagon de primera clase, sin más concurrencia que su persona y la de la encantadora viuda.

Pero luégo, más sereno, más dueño de sí, deseó otra cosa. Deseó verla y oirla sin que ella se apersibiese de su presencia, para poder apreciar sus verdaderas cualidades dentro del mundo, á ver si las realidades correspondían en todo á sus sueños, que le habían siempre representado una mujer fuera de toda ley vulgar, exenta de las preocupaciones que á sus ojos habían empequeñecido siempre á la hermosa mitad del género humano.

Y llegó la deseada noche ; y fué al baile, haciendo el inmenso sacrificio de desenterrar el frac, profundamente odiado por su instinto y su delicado gusto de artista.

Los salones estaban literalmente llenos de todo lo más escogido que encierra la sociedad madrileña, si con esta calificacion hemos de comprender la parte de la sociedad que *á toda costa* bulle, brilla y se agita entre dos luces en la Castellana ó en el Buen Retiro, y á la luz del gas de los teatros, y á la luz de mil bujías en todos los salones descritos hasta la saciedad por esos literatos de guante blanco y pluma perfumada, que marean á los ídolos del gran mundo con el incienso del galicismo hiperbólico.

V

Federico corrió de salon en salon con las precauciones y el recato del que va á sorprender alevosamente un secreto.

No, no era aquel jóven ingénuo, aquel niño franco y leal, aquel artista mimado por la naturaleza, acostumbrado al sencillo y santo goce de sorprender de frente los más dulces misterios de su hermosa madre.

No, no era entónces aquel pintor que, inmóvil, desde su hábil punto de vista, á la luz del sol, bajo el azul y esplendoroso pabellon del cielo tomaba con el pincel el primer tinte amarillento de las hojas otoñales, el brillo plateado de las ondas del lago, el oro bruñido del rayo solar que se quiebra entre las ramas del bosque, los contornos de la gigante sombra que proyecta sobre el césped el cuerpo esbelto y elegante del álamo.

No ; Federico era entónces un ladron que se deslizaba sobre alfombras á la vista de todo el mundo, pero esquivando, huyendo la vista de su víctima, que era á la vez su ídolo.

Federico era entonces un ladrón de su propio sosiego, porque hay ignorancias que son garantías de tranquilidad, y él trató de suspender aquella garantía, saliendo de su más feliz ignorancia.

En fin, Federico era todavía más que un ladrón; era un asesino, que, con premeditación y alevosía, iba á matar su ideal en medio de las realidades más prosaicas de la vida.

Todas las circunstancias favorecían la perpetración del crimen.

Amelia apareció á los ojos de Federico sin que éste fuera apercibido por la viuda, y en los momentos en que ella recibía con la sonrisa más deliciosa los homenajes de media docena de universales galanteadores, de esos que parecen cortados por el mismo demonio para hacer de la imaginación de la mujer un infierno de vanidad.

La viuda estaba en esa edad en que no tiene que perder mucho tiempo la mujer si su estado de soledad le cansa.

Su belleza física era quizá más esplendorosa que cuando se ofreció á los ojos del artista viajero, porque entonces no estaba realzada por los primores del tocado y por ese tinte subido de magnificencia y poderío que presta á los encantos naturales el terreno en que la mujer temple todas sus armas para ganar la batalla que libra su orgullo.

En esa batalla, la mujer tiene por rivales á todas las mujeres que se presenten en el mismo campo. Hasta á sus más íntimas amigas.

Amelia, aunque fatigada de sus triunfos de salón, era todavía mujer.

Uno de aquellos galanteadores dañosos cometió la indiscreción de nombrar con elogio á una dama que había llamado la atención de la concurrencia por su belleza y su elegancia, y Amelia se sonrió con desdén, casi al mismo tiempo que estrujaba entre sus brazos y se comía á besos á aquella celebrada hermosura, á quien prodigó el dulce nombre de amiga.

Federico, oculto tras una cortina, lo había visto y oído todo. Su ídolo empezaba á vacilar sobre el pedestal.

Los movimientos de su estatua empezaron á marearle. Pero estaba colocado de modo que no podía retroceder en su empeño, aunque renunciase á las glorias del famoso escultor, rey de Chipre.

VI

Federico, torturado en su escondite, temblando como un niño que ve arrebatado por el viento el globo de brillantes colores que antes su-

jetaba con un hilo entre sus débiles manos, tuvo un momento rápido de inmensa satisfacción.

La viuda quedó un momento sola. En aquel momento debió olvidarse que estaba en un baile donde la disputaban el cetro de la belleza.

En aquel momento miró hasta con indiferencia su imagen reflejada en el cristal de un espejo que tenía enfrente y en el cual, á poco que se hubiera fijado, hubiera podido descubrir unos ojos que escudriñaban hasta sus más recónditos pensamientos.

La vaguedad de la mirada de Amelia, el tinte melancólico de su fisonomía, el dulce y natural abandono de su hermosa cabeza, indicaban que en aquel momento la dominaba un recuerdo encantador, porque á la vez una ligera sonrisa entreabría sus labios.

Federico se creyó en aquel momento compensado de su profundo disgusto, porque su imaginación le llevó al wagon de primera clase en que había viajado con la viuda.

Pensó que aquella mujer recordaba entonces los sencillos accidentes de su breve y encantador compañerismo en la montaña.

La vió sonreír como entonces; creyó verla dormirse con aquel mismo confiado abandono; oía la música deliciosa de aquellas delicadas frases con que había provocado sus íntimas confidencias de artista.

Poco faltó para que Federico saliese de su escondite y echase por tierra todos sus planes de implacable asesino.

Aquel momento fué rápido y la transición horriblemente brusca.

Un señor gordo y colorado, y con media docena de condecoraciones en el frac, sacó de su dulce distracción á Amelia y se la llevó todo lo mal que pudo entre las parejas que entonces respondían á los arrebatadores compases de un wals.

VII

Pero Amelia volvió pronto á su asiento, al lado de la amabilísima y espléndida señora de la casa, con quien sostuvo un animado diálogo, que fué el golpe de gracia para el ídolo levantado al vapor por los sueños del artista.

De aquel diálogo sacó en sustancia Federico que la viuda, aquella hermosa viuda, traspuesta sólo dos minutos en la imaginación del artista al origen de sus sueños, no sólo se permitía la debilidad de aspirar al trono nunca vacante de los salones, menospreciando toda otra

candidatura, sino que era susceptible de otras debilidades, incomprensibles en el original idealísimo de aquel retrato que absorbía toda la luz de su estudio.

Amelia se había dejado convencer por la señora de la casa de que la viudez es un peligro siempre eminente, más que una libertad eternamente adorable.

Esta era una preocupación sin excusa á los ojos del hijo de Apéles.

Amelia se había persuadido, por gracia del talento hábil de la susodicha señora, de que la belleza física se va, y luego la hermosura moral que queda jamás se percibe por los tontos, que constituyen la inmensa mayoría en el parlamento del gran mundo.

Esto era también imperdonable en una mujer que no debía olvidar los votos de un pintor que podía pertenecer á las minorías revolucionarias de dicha cámara.

Amelia se había convencido también en aquel maldito diálogo de que el reinado de la viuda es más efímero y de más alarmantes responsabilidades que el reinado de la mujer casada, que reina, gobierna, si sabe, y declina toda responsabilidad en su *primer* ministro. La señora de la casa no había dicho *único*.

Esta era una inmoralidad ménos admisible, aún con el discreto ingenioso de aquel Mefistófeles con faldas que, *haciendo los honores de su casa*, trabajaba de tan extraño modo en favor del enlace de la viuda con aquel señor gordo, colorado, con el pecho lleno de condecoraciones, marques, senador del reino y eterno aspirante á la mano de Amelia.

En fin, que la viuda se había dejado convencer de que debía ceñirse la corona de marquesa, por solicitud de un hombre que ni era clásico ni romántico, ni pertenecía al centro parlamentario del amor en que Amelia había buscado en vano su ministro responsable, ni aspiraba á figurar en escuela alguna antigua ni moderna, porque para eso son precisas las ideas, y el marques, sin el peso enojoso de tan apreciables señoras, había vivido siempre tan colorado y tan guapote.

Aquella noche, mejor dicho, aquella madrugada, Amelia se acostó suspirando ante un recuerdo de viaje que la hacía sufrir sonriéndola. Pero se durmió murmurando con la indiferencia más natural del mundo — « Seré marquesa. »

Y Federico, después de mirar con doloroso desencanto el retrato

consabido, sufriendo todavía las horribles torturas de su malaventurado escondite, se acostó y se durmió diciendo:— «Y los sueños, sueños son.»

VIII

Pero la viuda tuvo también su formal empeño de imitar en lo del asesinato de su ideal, ó de la esperanza de su ideal, al famoso paisajista, autor de un solo y desconocido retrato.

Dando tregua á su proyectado enlace, ya comentado de mil modos y en tonos diferentes por la sociedad que frecuentaba, fue á pasar parte del estío en unos concurridísimos á baños donde acuden más gentes por moda que por enfermedad, aunque también es una enfermedad la moda, y de costosísimo tratamiento.

Acaso hubiera dejado el establecimiento balneario más pronto, por indicaciones oficiosas de su futuro, si no hubiera sabido por referencia de una de sus amigas que estaba á punto de pasar por aquellos pintorescos sitios un artista consumado, cuyas señas particulares coincidían con las de su pintor de marras.

Amelia se empeñó en sorprender al artista en pleno ejercicio de sus funciones, y se salió con la suya.

Federico, aún no del todo desengañado, se abrazaba de nuevo á sus lápices y pinceles de paisajista, con el amor y casi el arrepentimiento del hijo pródigo que torna á los brazos siempre abiertos de la clemente y solícita madre.

Pero la casualidad, no siempre propicia para los sueños largamente acariciados, quiso que la viuda y prometida esposa, que aún no podía desprenderse de sus achaques de ilusa, llegase de puntillas cerca de un roble que daba sombra al estudio ambulante del artista, cuando éste, efecto de desvelos desconocidos de la viuda, ó arrullado en demasía por los susurros de la tibia brisa entre las hojas, por la charla inocente de los pájaros y el eterno murmullo del arroyo que cerca se despeñaba, dormía, y aún creo que se permitía roncar como un mortal cualquiera, con los lápices y pinceles entre la yerba y las hojas del consabido álbum, pasándose y repasándose graciosamente á sí mismas, merced al airecillo burlon y francote de la montaña.

— ¡ Oh profanación ! — debió exclamar para sus adentros la viuda,

sin recordar que ella tambien se habia dormido muchas veces cuando ménos lo pensaba.

¡Dios mio! ¡Qué horror! . . . Dormirse de aquel modo, como el más imbécil de los aldeanos, cerca de ella, que, no sabiendo qué hacerse en su desesperacion, iba á hacerse marquesa ; cerca de ella, que esperaba verle despierto por la inspiracion más viva ante los risueños y hermosos cuadros que le ofrecía aquella pródiga madre cuyo culto cariñoso tanto le habia ponderado en aquel viaje de eterna y ya infeliz memoria! . . .

IX

Pero aún no fué tan grande el desencanto que hiciera desistir á la viuda de su idea, fácil de realizar ántes de ceñirse la corona prometida.

Al dia siguiente volvió con tenaz empeño al lugar poético de aquella prosaica profanacion.

¡Oh delicia! El pintor. . . . pintaba.

Le veía tan niño y encantador como en su dia de incubacion de ilusiones.

Soñaba que se miraba el artista en el cristal de sus ojos de viuda, más que en las rosadas tintas de los horizontes lejanos.

Casi estuvo por correr á decirle al marques que renunciaba á la corona. Pero no se movió del sitio en que se hallaba oculta, porque hasta allí llegó en alas del vientecillo montañas una oja del álbum pintorezco, que recogió solícita, al mismo tiempo que se acercaba al pintor una linda aldeana con una carta en la mano.

Federico abandonó los pinceles, tomó con aquella carta la mano que se la ofrecía, y atrajo hácia sí á la linda montañesa, que se resistió débilmente, para recibir al cabo por via de porte un beso más sonoro que el charlar de los pájaros, el chicheo de la brisa y el murmullo del arroyo.

La *montañesuca* echó á correr riendo coma una loca, y el artista se quedó riendo á carcajadas como un tonto.

La viuda huyó. . . . casi llorando, porque el pintor, que la habia dicho que le sobraban todos los amigos ante los cuadros de la naturaleza, tenía la debilidad de no ver un estorbo en las rosadas mejillas de una linda aldeana.

X

Y la viuda se casó con el consabido marques y senador del reino. Y Federico lo supo por *La Correspondencia de España*.

Y la mandó como regalo de boda el único retrato que habia hecho en su vida, con una tarjeta respaldada, que decia: « Me hizo usted soñar, y he despertado. »

Y recibió en cambio aquella hoja del álbum, con este letrero: « Poco despues de encontrar esa hoja, perdí, por un beso de usted, mi última ilusion. »

Con que, fórjenselas ustedes, que ustedes se las irán matando.

EDUARDO BUSTILLO.

LA LUZ

Desde que la historia se destaca del fondo nebuloso de las primeras edades, los pueblos se han visto compuestos de razas privilegiadas y razas oprimidas.

Estas con el desarrollo de la civilizacion han cambiado de forma, pero siempre han existido.

El fanatismo aherrojando las conciencias, la destreza y la fuerza imponiéndose sobre los débiles, dorios é ilotas, patricios y plebeyos, nobles y ciervos, bienestar y pauperismo, ilustracion é ignorancia, luz y sombra, tales han sido las facces del cuerpo social.

La igualdad vislumbrada por las repúblicas antiguas y adivinada por Jesus, aún no domina soberana entre los hombres.

Y es porque la igualdad no se impone por la fuerza, no se encuentra en la material nivelacion del socialismo, sino en la natural de los espíritus por medio de la instruccion.

Educar es igualar.

Si buscamos la causa de nuestros males, en último resultado, de eslabon en eslabon, de causa en causa, llegaremos siempre á la fuente del mal : la ignorancia.

En ella hallan succulenta presa los demagogos ; en ella posa la insolente planta el despotismo ; en ella el monstruo de la guerra civil encuentra tenebrosas cabernas, donde se baña en lagos de sangre.

La ignorancia vive en las tinieblas.

Educar es iluminar.

Cada centro de enseñanza es un faro que se levanta.

Nobles son las luchas contra la ignorancia, porque en ella el vencido aprovecha del triunfo, se siente más fuerte y más grande, y vencidos y vencedores festejan la victoria en los altares de la igualdad.

No nos paguemos de los triunfos de la democracia escritos en las leyes, si la luz de la instruccion no se propaga en las masas, porque aquellas sin ésta son edificios sin cimientos.

Educando, pues, se consolidan las leyes.

El dia en que nuestra campaña se vea sembrada de establecimientos de educacion, ese será el precursor del gran dia de la regeneracion de la patria.

Para la nuestra tan desgraciada, acumulemos la luz de la instruccion, y será feliz, porque instruir es igualar, es iluminar, es consolidar, es regenerar.

A. D. y A.

ALBUM POETICO

PRESENTIMIENTO

¿Le veis?... Es un niño...
El sol en las hebras
Del cabello, matices dorados
Al ébano mezcla.

De un manso arroyuelo
Por la áurea ribera,
Que entre flores y arbustos se esconde,
El niño allí juega . . .

Debajo de un sauce
Que sombra la presta,
Arrobada su hijo adorado
La madre contempla.

La luz de sus ojos
Descubre un poema,
Un poema de amor y esperanzas
Que al hijo le sueña . . .

Y el céfiro alado
La linfa azul besa,
Que en levísimas ondas murmura,
Murmura y se aleja.

Y el niño se pára
Y escucha é intenta
Traducir el extraño idioma
Del agua parlera.

Sus pupilas que ántes
Volteaban inquietas,
Ahora, fijas en algo invisible,
Inmóviles quedan . . .

— Madre! — al fin dice,
Volviendo hácia ella
Su radiante mirada de aurora :
— Ser onda quisiera !

La madre con besos
Los labios le sella,
Tan süaves que el blando murmullo
Del agua remedan . . .

Volando medrosa
Un ave se acerca,
Y piando penetra en el nido
Que de un gajo cuelga.

Del niño, aspirando
Candor é inocencia,
Al espacio poblado de sueños
La mente audaz vuela.

Y el niño tornando
La hermosa cabeza :
— ¡ Madre ! — exclaman sus labios de rosa :
— Ser ave quisiera !

— Oh, hijo del alma ! —
La madre contesta :
— Es que amor en tu pecho de ángel
Presiente otra esfera . . .

— ¿ Y qué es amor, madre ?
— ¿ Qué es amor, mi prenda . . ?
Y una pausa llenando de idilios
Mil veces le besa.

— Pregúntalo al ave
Y al onda parlera,
Y á la brisa cargada de aromas,
Que sopla en la selva . . .

Es luz y alegrías,
Sufrir muchas penas,
Y despues . . . es hallar en un hijo
La dicha suprema !

EL CHARRUA.

Montevideo, Agosto 31 de 1877.

CRONICA GENERAL

En estas noches ha tenido lugar la funcion de estreno (ó *debut*, como suelen decir los aficionados á galicismos,) de la Sociedad *Talia*, compuesta de jóvenes aficionados al arte en que Romea, Maiquez, Salvini y otros han recogido tantas coronas y conseguido tanta gloria.

Una cosa trae la otra, y los aficionados á actores despertarán y con el andar del tiempo podremos esperar que estas semillas den su fruto y tengamos teatro. La crítica hará el resto, porque sin ella no hay adelanto posible. Entre nosotros, puede decirse con verdad, la crítica no existe, ni estamos educados para tolerarla y el criticado se considera siempre ofendido, volviéndose contra el que señala sus defectos en lugar de agradecerle el servicio que desinteresadamente le presta.

Al humilde autor de estos mal perjeñados renglones, le ha sucedido en más de una ocasion verse en el caso de quebrar su pluma y suprimir sus censuras, á trueque de ver mal interpretadas sus apreciaciones, suponiéndolas dictadas por sentimientos completamente ajenos al ideal que lesirve de norte en sus escritos.

Estas consideraciones nos retraen en el caso presente de entrar en comentarios respecto de dos obras puestas en escena en *Cibils*, en el estreno de que hemos hablado, debidas ámbas á las plumas de dos amigos, que á más, son compatriotas. ¿Quién puede ser osado de criticar las obras de los amigos y los paisanos, aquí, donde el hacerlo con las de los extraños es ya un pecado imperdonable? Y sin embargo; una de las tales obras, merecería no ya la crítica, sinó la sátira más amarga, la censura más tremenda. Hé ahí porqué guardamos silencio; hé ahí porque no las comentamos. Estamos dispuestos á arrostrar las iras de los autores de obras que puedan criticarse, no de aquellos cuyas obras merezcan un anatema ó una excomunion.

Y ántes que nos separemos más del asunto primordial de estas líneas, permítasenos enviar nuestra felicitacion á los jóvenes que componen la Sociedad Dramática *Talia*, deseando vean colmados y recompensados sus artísticos esfuerzos.

En Dolores, provincia de Buenos Aires, ha visto la luz el primer número de una publicación titulada *Revista Judicial del Sud*, publicada bajo la dirección de nuestro compatriota el Dr. D. Alberto Palomeque. Escusamos encarecer la conveniencia é importancia de una de tal especie, llamada á merecer el favor del público y sobre todo, de aquellos que directa é indirectamente se relacionan con las cuestiones jurídicas.

*
*
*

Otra publicación importante lo es sin duda la obra publicada en Santiago de Chile, bajo el título *Notas de un Himno*, colección de poesías debidas á la armoniosa lira de don Juan Zorrilla de San Martín, de esta ciudad, y que reside del otro lado de los Andes, desde hace algunos años.

No discutimos la belleza ni el mérito de los versos del jóven Zorrilla, muchos de los cuales son dignos de la musa de Campoamor ó de Alarcon ; pero, aún cuando amigos de respetar todas las opiniones, no podemos ménos que lamentar que el poeta se desvie en muchas de sus composiciones, y dejándose llevar de un exeso religioso, muy semejante al fanatismo, incurra en aberraciones tan notables como las que se hallan en ls siguientes estrofas :

¡ Ah ! ¡ no mintais, no blasfemeis, cobardes !
La libertad se mancha en vuestros labios,
Que asaltar á un anciano abandonado,
Crímen es de vosotros solamente,
No de la libertad, que en las batallas,
Noble en sus iras, levantó la frente.

.....
¡ Ah ! Los tiempos vendrán, porque está escrito,
Pontífice inmortal, ilustre Pio,
En que la tierra besará tus huellas,
Y tu nombre gigante
Brillará, avergonzando á las estrellas.

¡ Yo amo tanto tu nombre !
¡ Tu noble ancianidad venero tanto !

No me es dado por tí verter mi sangre ;
 Mas vierto al ménos mi oprimido llanto.
 ¡ Ah ! Si pidiera sangre tu corona,
 Por ceñirla á tu sien encanecida
 Vertiera el pecho mio
 Toda la que sedienta de martirio
 Aliento en los raudales de mi vida.
 ¡ Qué feliz si en el campo de la gloria
 Fuera el ¡ ay ! de mi muerte
 La gran diana triunfal de tu victoria !

(PONTIFICE Y REY, páj. 151).

No ; por fortuna para la humanidad, ya no pesará más sobre las sienes de Pio, la mundana diadema de los príncipes, ni volverá á empuñar el cetro de los reyes. Vierta su sangre el poeta por causas más nobles, más grandes y generosas, que ancho es el campo de las humanas luchas y copiosos los laureles que brotan á su alrededor ; pero no la esterilice, derramándola por un hombre á quien el mundo católico tiene derecho á pedir estrecha cuenta de sus actos ; y á quien los pueblos, los pobres pueblos que mueren víctimas del hambre y de la miseria más espantosa, están tendiendo en vano sus manos suplicantes, demandándole las migajas de su opulenta mesa. Quiéralo Pontífice ; desprécielo Rey, — *al César lo que es del César ; á Dios lo que es de Dios*, ha dicho Jesucristo.

Caridad! — hé ahí el lema santo del Redentor del mundo — ¡ lujo y ostentacion ! — hé ahí la práctica de la orgullosa basílica de San Pedro, cuyos valiosos tesoros, están diciendo á gritos que de entre aquellas paredes está desterrado el sublime autor del Evangelio.

JOSÉ CÉSAR R.

VERDADES AMARGAS

(CONSIDERACIONES SOBRE LA INSTRUCCION PUBLICA)

No solo porque siendo hijos de nuestro siglo debemos amar su espíritu, su civilización, sus tendencias, sino porque la lógica de los hechos nos obliga á reconocer la superioridad de aquel sobre los demás, que en la historia le precedieron, no cesamos un día y otro de bendecir al Altísimo, y de ofrecerle juntamente con el homenaje de nuestra adoración, el tributo del más profundo reconocimiento por el favor que nos dispensara trayéndonos á la vida en la actual época. — Y de la misma suerte encariñados, como no podremos menos de estarlo, con las glorias de nuestra querida patria, con los recuerdos de su brillante historia y con los gérmenes de positiva libertad que el cristianismo de un lado y de otro el progreso natural de las ideas han desarrollado en sus instituciones, sentimos la necesidad de proclamarnos españoles, poseídos de un santo y noble orgullo, no menos que la de sacrificarnos, por completo en aras de la madre España. — Sin embargo ni se ocultan á nuestra vista, aunque nacidos en el siglo XIX, las porfiadas sombras con que á las veces quedan oscurecidos los esplendores de esta centuria, ni, mal que pese á nuestro entusiasmo nacional, deja de ser (y permítasenos la frase) demasiado escasa y mezquina la protección dispensada entre nosotros á objetos de grandísima valía, é interés de incalculable trascendencia.

Por eso á fuer de escritores imparciales y juzgándonos tan obligados á denunciar los defectos y miserias de esta patria y de esta edad como á enaltecer sus grandezas y conquistas, plácenos secundar los esfuerzos de otras plumas más autorizadas que la nuestra, abogando con calor y energía en defensa de una causa, que entraña, según se le favorezca ó desampare, el adelantamiento ó retroceso de toda nuestra vida social y de una institución cuyos individuos, verdaderos sacerdotes de la ciencia, ni alcanzan en nuestro país la respetabilidad y estima reclamadas por el ejercicio de su elevado ministerio ni aquellas recompensas legítimas que podrían servirles de poderoso estímulo á sus trabajos. — Siquiera, pues, tristeza grande se apodere de nuestra alma al recordarlo, siquiera agudísimo dolor experimentemos al lamentarnos de tamaña injusticia y errores, preciso es confesar la suma de dificultades, con que el profesorado lucha en España, y la especie de relativo abandono y aún glacial indiferencia, con que aquí son tratadas y resueltas todas las cuestiones referentes á Instrucción Pública. Se comprende que en otros tiempos y bajo el letal influjo de otras doctrinas quedase desatendida esta necesidad y se prescindiera de la educación de clases, á las cuales no se reconocía derecho alguno; la inercia intelectual de aquellas muchedumbres inconscientes debía ser entonces el *desideratum* de los supremos poderes, y la esclavitud de los espíritus por la ignorancia el mejor y más seguro medio de uniformar las aspiraciones de un pueblo, al que fuera arrebatado el hermoso cetro de la liber-

tad; pero cuando hoy es ya verdad indiscutible y axioma evidentísimo la correlacion de los derechos y de los deberes entre todos los individuos de la familia humana, cuando la religion y la filosofía se asocian para declarar guerra implacable á toda servidumbre, cuando la vida de las modernas sociedades, en una palabra, es constante lucha y movimiento hácia el triunfo definitivo de una democracia nacional, tan apartada de las exageraciones demagógicas como de los privilegios autoritarios ¿ será posible concebir, aún omitiendo los datos que el análisis psicológico hubiera de suministrarnos el adelanto de las naciones en que el sol de la Instrucción Pública no brille con luz clarísima y esplendente? Tan óbvia y natural nos parece la respuesta que ofenderíamos al comun sentido de nuestros lectores, si nos empeñáramos en formularla. Baste considerar que es tan necesario al espíritu el alimento de las ideas como la atraccion á los astros, como el rocío á las plantas, como el oxígeno al aire respirable; basta advertir que únicamente se levantan tiranos allí donde la ignorancia engendra ciervos, baste repetir con Leibnitz que si un sólo punto de apoyo precisaba Arquímedes para mover la tierra, sólo la educacion intelectual de los seres humanos es palanca asaz poderosa para modificar la situacion del mundo y trasformar de una tal manera el imperio de las conciencias. De aquí la eficacia de esa fuerza potente que con gusto veríamos desarrollada en nuestra España, fuerza sin cuyo auxilio, sobre vivir desligados de lo que á un mismo tiempo demandan nuestra propia naturaleza y las condiciones del siglo presente, ni podemos alcanzar garantía de sólido bienestar, ni digna representacion ante las naciones cultas.

La instruccion primaria, obligatoria, consignada en las leyes y con la sancion de costumbres y el viejo Gazteluzarra, y el bastardo que adoptó por heredero, sus bienes y su casa se hallaban en poder de un apuesto caballero, que habiendo llegado sin saberse de donde, habia probado ser hijo legítimo de Iñiga Gazteluzarra y su esposo Belaunza.

Por cumplir, segun decia, la voluntad de sus padres que murieron simultáneamente despues de una larga y dichosa existencia, hizo levantar una capilla en la isla de Gaizquinza-saltua, para depositar en ella sus restos mortales que acababan de llegar en un buque de lejanas y desconocidas regiones.

Mas es el caso, que al abrir la tosa para dar tierra á sus padres, se encontró un cadáver que los ancianos servidores del castillo, dijeron ser del Agote Belaunza muerto y enterrado en aquel sitio. Pero entónces ¿ quién fué el marido de Iñiga? y de quién los restos que venian con los suyos, como los de ese mismo Belaunza con quién ella creyó estar unida, y á cuyo lado vivió venturosa y contenta hasta muy avanzada edad?

Aquí es donde principiaban á dividirse los pareceres. Algunos aunque pocos, que en todo cuanto se referia á Gaizquinza-saltua veian la intervencion de los espíritus, se inclinaban á creer que el marido de Iñiga era el mismísimo diablo que tomó la figura de Belaunza, y aunque la honradez, la piedad, y las grandes virtudes del nuevo Señor de Gazteluzarra desmentian tan mala filiacion, no dejaban de apartarse de su camino, mirándole con supersticioso temor.

Tampoco faltaron quienes, refiriéndose á un antiguo criado de Kereiza, dieran

como seguro que este habiéndose hecho rico y poderoso, llegó con un buque cerca de Pasages con objeto de ofrecer á su hermano, que amaba entrañablemente, tesoros bastantes para ablandar al viejo Gazteluzarra y obtener para él la mano de su hija, y que habiendo desembarcado cerca del castillo, se dirigió á Gaizquinza-saltua de paso para su casa, llegando precisamente en el momento en que el orgulloso señor se retiraba con sus gentes al castillo, despues de dejar por muerto al desdichado Belaunza. Que habiendo éste vuelto en sí, y visto los buenos deseos de su hermano, le exigió bajo juramento promesa formal de que haría su última voluntad, y que habiéndose él obligado á ello, le manifestó su resuelto deseo de que en el momento que él cerrase los ojos, tomara su nombre y sacando del país á Iñíga se casara con ella, con lo cual moriria muy contento viendo feliz á un hermano que habia sacrificado por él su felicidad y su vida, y salvando de una muerte segura á la noble doncella que tanto amaban los dos. Añadian á esto, que Kereiza rehusó por mucho tiempo prestarse á semejante proyecto; pero que en vista de la expresa voluntad del moribundo, y del solemne juramento con que se habia comprometido, acabó al fin por rendirse, y que en efecto merced á la maravillosa semejante física y moral de los dos hermanos, y de los medios que le recomendó Belaunza, llegó á ser marido de la jóven, sin que jamas hubiese sospechado ella la fraternal sustitucion.

Pero denominando todas estas suposiciones y conjeturas la tradicion ha consagrado la creencia general de que Dios apiadándose de las lágrimas de la virtuosa doncella hizo revivir con ellas á su muerto y enterrado amante, dándole con él largos años de felicidad, y un hijo que llevó dignamente los blasones de su casa con el nombre de Iñigo Belaunza de Gazteluzarra.

JUAN V. ARAQUISTAIN

A LOS SUSCRITORES DE LA REVISTA AMERICANA

Hemos resuelto dar á la *Revista Americana* su carácter de tal, haciéndola mensual en vez de hebdomadaria, como lo era hasta este número que regalamos á nuestros suscritores, agradeciéndoles el favor que nos han dispensado, y esperando quieran continuar dándonoslo en adelante.

EDUARDO FLORES — ANACLETO DUFORT Y ALVAREZ.

AL PUBLICO

La Sociedad de la Empresa de *La Idea* de S. Flores hermanos, ha resuelto abrir nuestra casa y publicar el diario *La Idea* desde el 15 ó el 20 del corriente mes de Setiembre y esperamos que tan pronto cuanto su Administrador anuncie el día en que dicho establecimiento se abra, el público le acordará la proteccion que nunca le rehusó.

Por S. Flores y hermanos.

Eduardo Flores.

SUELTOS

Pedimos disculpa al Sr. D. Adolfo Vaillant por no habernos ocupado de su carta, como prometimos.

Desde las columnas de *La Idea* tendremos el placer de conversar con él acerca del tema de su carta.

Como ya hemos dicho, *La Revista Americana* se publicará mensualmente, en folletos del mismo formato que hasta ahora ha tenido, pero constando cada uno de 128 páginas.

Rogáramos que nos siguiesen remitiendo los diarios y periódicos con cuyo cange nos honraban.

Los redactores de *La Idea* serán los señores don Eduardo Flores y don Anacleto Dufort y Alvarez, y nos consta que se le escribe al doctor don Anselmo E. Dupont, residiendo actualmente en el Salto, con el objeto de ofrecerle, en compañía de dichos señores, un puesto en la redaccion del mismo diario, que, como se sabe, redactó en compañía del primero.

